

02



La fortaleza eterna

Juan de Dios Valverde

–*¡Por Alá* que es impresionante! – le espetó el califa Al-Hakam II a uno de sus lugartenientes mientras su edecán le secaba con un pañuelo de seda el sudor de la frente–. Parece un barco varado en un atolón del que se hubiera retirado inesperadamente el mar.

El príncipe de los creyentes no podía dejar de admirar en lontananza la majestuosa fortaleza que se alzaba imponente sobre una elevada colina. Aunque había visto muchos castillos a lo largo de su ya dilatada existencia, y en su extensa biblioteca había podido rastrear referencias a los más singulares alcázares del islam, el hijo de Abderramán III tenía que reconocer que aquél era probablemente el más espléndido que recordaba y, tal vez, pensó que sólo podría encontrar uno comparable en alguno de los cuentos de «Las mil y una noches».

Pese al sofocante calor que reinaba en aquellos días del mes del ramadán del año 357 de la hégira, Al-Hakam II había decidido desplazarse con una pequeña cohorte desde la Córdoba califal hasta Bury Al-Hamma para visitar aquella atalaya que tanto habían alabado sus consejeros, ahora entendía que con razón. Después de cuatro duras jornadas

de viaje, pudo cotejar personalmente que desde allí sería muy sencillo controlar cualquier movimiento, amigo o enemigo, que se produjese en la entrada del valle del Guadalquivir y, por ende, en toda Al-Ándalus.

Conforme espoleaba a su caballo para intentar recorrer lo antes posible las 5 ó 6 leguas que aún lo separaban de su destino, la visión dominante del castillo se acrecentaba. Desde cualquier posición imponía su estratégica presencia, imprimiendo en sus observadores una sensación de inferioridad que incluso el propio califa no pudo soslayar. A su llegada a la pequeña población cobijada a las faldas de la fortaleza, Al-Hakam II fue recibido por el alcalde y director de aquel proyecto constructivo, Maysur ibn al-Hakam, quien le informó que los trabajos del castillo estaban prácticamente finalizados y que las tropas musulmanas podrían alojarse en el mismo en cuanto lo desease.

Satisfecho por la explicación recibida, el califa pidió agua fresca



para asearse el cuerpo y realizar las abluciones preceptivas antes de tomar el primer alimento del día, ya que la noche estaba a punto de caer. Manos, nariz y cara, el brazo derecho y luego el izquierdo desde la punta de los dedos al codo; la cabeza, las orejas y los pies hasta los tobillos fueron conveniente y consecutivamente lavados tal y como recomendaba el Corán. Arrodillado en dirección a La Meca, el califa fue el encargado de dirigir la penúltima oración del día de aquella pequeña comunidad que a buen seguro prosperaría en adelante bajo la imponente sombra de su castillo.

Definitivamente oscurecido el cielo, sólo iluminado por una oronda luna llena, los pobladores de Bury Al-Hamma se reunieron en torno a varias hogueras para agasajar al califa con sus mejores alimentos y bebedizos. Acompañados por la música que unos jóvenes producían con panderos, atabales y dulzainas y el arte de un par de bellas bailarinas, cuencos repletos de uvas pasas y una pasta hecha con apio y simiente de cáñamo pasaron delante de los grandes ojos y sugestionaron la aguileña nariz califal como aperitivo a un excelente cordero

asado, regado con jarras de limonada y un suave vino producido en la comarca. El espléndido banquete fue culminado con unos deliciosos dulces de almendra y miel. El largo viaje y la elevada temperatura aún reinante todavía oprimían las gargantas del califa y su séquito, que en esos momentos no pudieron más que relajar sus severas costumbres religiosas y olvidar la medida en la comida y la bebida aconsejada por el Corán.

Cansados pero satisfechos, todos se retiraron a descansar. El califa se alojó en la residencia del alcalde, donde también se instaló su edecán y su guardia personal; el resto de la tropa montó un improvisado campamento a las faldas del castillo, no demasiado lejos de donde se había hospedado Al-Hakan II. Tras el último rezo de la jornada, el silencio sustituyó a la algarabía previa y el príncipe de los creyentes pudo por fin desembarazarse de su túnica púrpura, bastante polvorienta por el largo viaje, para intentar sobrellevar lo mejor posible la abrasadora brisa que corría pese a la hora que era, un calor extremo que por desgracia ralentizó su pesada digestión,



ya suficientemente lastrada por el abundante vino y la comida ingeridos. Pese al silencio imperante, la noche no fue tranquila, al menos para Al-Hakam II. Más que dormir, pasó el tiempo en una especie de duermevela donde los sueños se convertían en pesadillas en las que se mezclaban sin sentido imágenes en las que unas veces su rubicunda y corpulenta figura intentaba sobreponerse a los ataques de las tropas dirigidas por un rey cristiano de rostro iluminado para, de pronto, estar enterrando con sus propias manos a sus soldados o permanecer impasible y estático mientras los cristianos se dedicaban a derribar piedra a piedra una inmensa torre que acababa reducida a la nada.

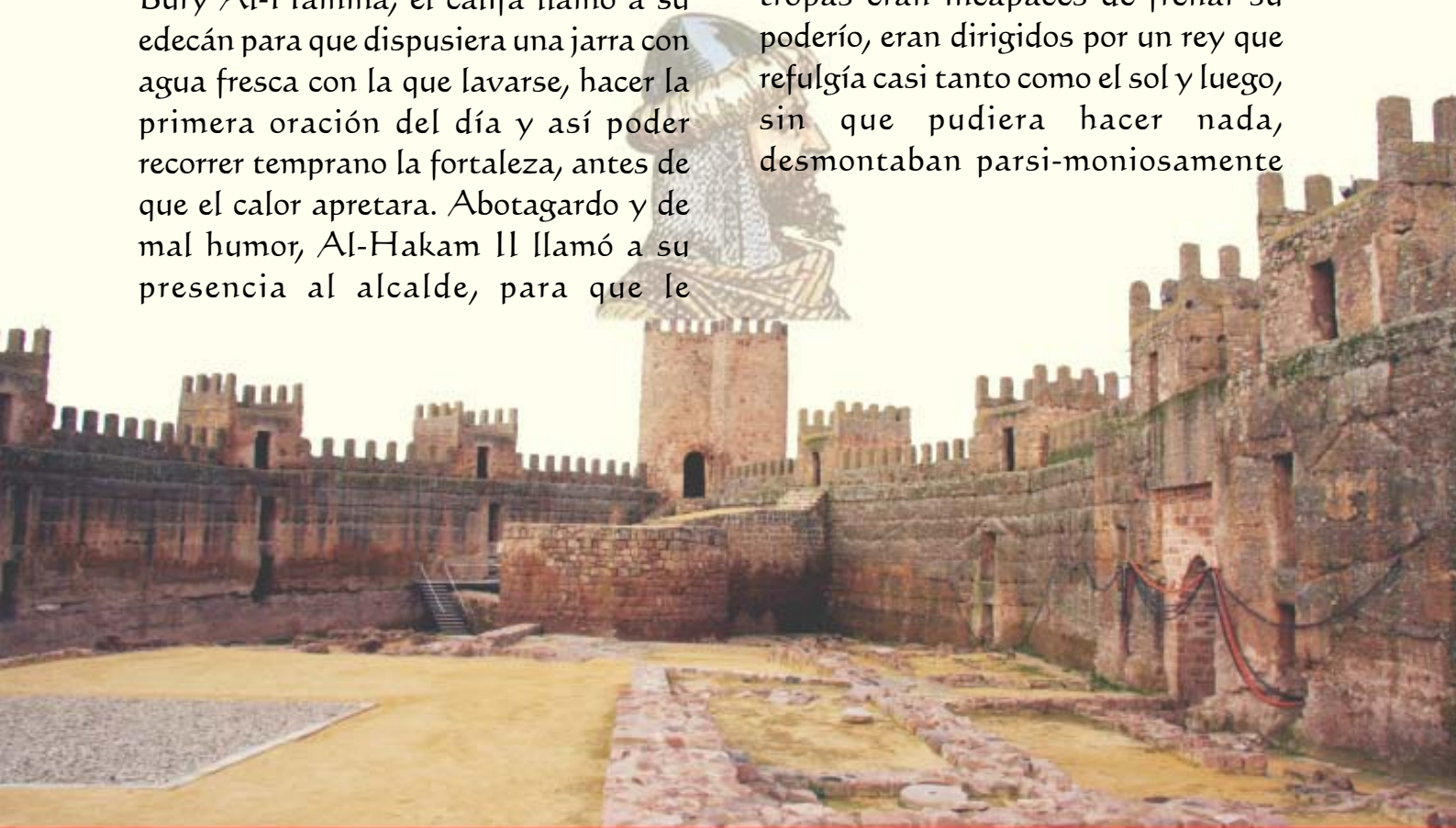
Varias veces abrió los ojos maldiciendo la eterna noche e implorando a Alá que finalizase. En cuanto los primeros rayos solares penetraron en la vivienda del alcalde de Bury Al-Hamma, el califa llamó a su edecán para que dispusiera una jarra con agua fresca con la que lavarse, hacer la primera oración del día y así poder recorrer temprano la fortaleza, antes de que el calor apretara. Abotagardo y de mal humor, Al-Hakam II llamó a su presencia al alcalde, para que le

acompañara en su visita. Mientras se calzaba las babuchas, el califa le preguntó cómo soportaban aquella infernal temperatura, a lo que Maysur ibn al-Hakam se encogió de hombros, como si no entendiera la pregunta, temeroso de la reacción del príncipe más poderoso de los creyentes.

–No podría decirle cómo, mi señor, simplemente intentamos sobre-llevarlo.

–Pues yo no he podido. Apenas he podido dormir, y cuando lograba conciliar el sueño unas terribles pesadillas sobresaltaban mi descanso. Prudente, pero interesado, el alcalde quiso seguir indagando sobre las alucinaciones nocturnas del califa.

–Realmente era todo muy extraño –le confesó, decidido a compartir su experiencia, convencido de que la mejor forma de exorcizarla era narrarla en voz alta–. Los cristianos me atacaban por todos lados, nuestras tropas eran incapaces de frenar su poderío, eran dirigidos por un rey que refulgía casi tanto como el sol y luego, sin que pudiera hacer nada, desmontaban parsi-moniosamente



una enorme torre que al final del sueño quedaba convertida en ruinas. La verdad es que no sé qué puede significar todo esto, sobre todo ahora que estamos en paz con los cristianos, pero en cualquier caso no tiene más importancia. Vayamos ya al castillo.

El califa, seguido del alcalde y de varios soldados de su guardia personal, salió al exterior de la vivienda y se dirigió al campamento en el que ya lo esperaba su lugarteniente. Todos juntos comenzaron a ascender por la pronunciada cuesta que desembocaba en la entrada de la fortaleza, que parecía más hercúlea cuanto más se acercaban a ella. Como ya le había anunciado Maysur ibn al-Hakam, todo estaba prácticamente terminado. Cuando alcanzó la puerta principal, el califa se detuvo ante la lápida fundacional que estaba apoyada en una de las murallas y que, según el alcalde, esa misma tarde sería colocada.

Mientras leía el contenido de la inscripción –en la que sucintamente se mencionaba que bajo el mandato de Al-Hakam II, y con el poder y la asistencia de Alá, se había terminado aquel castillo–, una mujer vestida con un colorido chador y la cabeza tocada con un pañuelo azul se acercó de repente a la

comitiva lanzando fuertes e incomprensibles alaridos. La guardia del califa se lanzó sobre ella, sujetándola con fuerza y golpeándola para que dejara de gritar. Al-Hakam II también se acercó a la mujer, que tras los golpes se había callado y miraba atemorizada al suelo. El califa sujetó su barbilla y la obligó a mirar sus grandes e inquisidores ojos negros. Era una vieja.

–Es sólo una loca, mi señor –le advirtió el alcalde cuando reconoció el rostro de la anciana.

–¿Qué gritabas mujer? –le espetó el príncipe musulmán.

–Únicamente quería advertiros sobre el futuro,... –le dijo la vieja, dejando en el aire el final de la frase.

La alusión al porvenir despertó por un instante el interés del califa, que además era un gran aficionado a la astrología. En su biblioteca, para la que trabajaban más de 160 mujeres dedicadas a la copia de libros, conservaba algunos de los tratados más importantes sobre esta ciencia, entre los que apreciaba especialmente la sabiduría del sirio Alcabitus y la de



El-Katib, de cuyas manos había recibido un calendario de Córdoba y del que valoraba por encima de otras muchas obras su Libro de los Círculos, en el que se apuntaba la teoría del continuo retorno de la historia.

Al-Hakam II tenía fe plena en toda aquella sabiduría escrita, pero nunca había creído demasiado en adivinos ni videntes. Si en algo confiaba era en aprender del pasado, por eso se había entregado en cuerpo y alma a recomponer la historia genealógica de su familia, para conocer en profundidad sus posibles errores y así poder evitarlos en el futuro. Pero los inquietantes sueños que lo asaltaron esa noche y la inopinada aparición de aquella supuesta agorera llevaron al califa a aparcar temporalmente sus creencias y a conocer la interpretación del porvenir de la anciana.

–Habla entonces, mujer –le ordenó Al-Hakam II.

–Cuando supe de vuestra venida, me puse en manos de los hados para conocer cómo sería vuestra estancia entre nosotros. Y algo extraño ocurrió... –la mujer volvió a interrumpir su discurso.

–Prosigue –la exhortó el califa mientras un guardia le propinaba un golpe en la espalda para que no se detuviera.

–Bien, mi señor. Sobre un cuenco de agua, vertí unas gotas de aceite que primero se esparcieron, pero que súbitamente se agruparon rodeando a una sola gota, a la que tan pronto circundaban como se alejaban, sin aparente explicación.

El califa observó a la mujer, que parecía haber entrado en trance. Ya no tuvo que ordenarle que continuara con su relato.

–Inesperadamente las gotas cambiaron su disposición. Todas se alinearon en una única fila, como un ejército que siguiera a su líder, unos pasos por delante de las demás. Y después, también de repente, todo ese orden se descomponía, y las manchas de aceite se separaban en direcciones opuestas, cada una ocupando las paredes del cuenco.

El príncipe de los creyentes escuchó en silencio la extraña descripción realizada por la vieja, tan absurda y extravagante como habían sido sus propios sueños nocturnos. Se acercó de nuevo a ella y le pidió amablemente que le explicara el significado de todo aquello que había



visto. Como si un resorte se hubiera activado en su interior, los ojos casi en blanco, igual que un rapsoda inspirado, comenzó a recitar unas frases que parecían dictadas desde lo más profundo de su alma.

*Tu reino en mil pedazos saltará
y tu nombre pies cristianos hollarán.
Poderosos reyes nacerán entre estas murallas
desde las que dirigirán sus huestes para mancillar
y borrar de estas tierras el nombre de Alá.
Grandes señores pelearán por esta fortaleza eterna,
que acogerá en su seno nuestros huesos,
pero eso no lo verás tú, ni tus hijos, ni los hijos de tus hijos.*

Aunque los soldados intentaron evitar que continuara su vaticinio, el califa los detuvo, expectante por conocer todas las revelaciones de la anciana. Después de indicar que le dieran de comer y beber, Al-Hakam II ordenó que la soltaran y le volvió la espalda, dispuesto a realizar por fin la visita a aquel castillo que había motivado su viaje. Recibido por un enorme arco de herradura, el interior, en forma de elipse, constituía un espacio inmenso y las 15 torres que rodeaban el recinto eran como centinelas gigantescos encargados de amedrentar

a todo aquel que se atreviera a desafiar su hegemonía.

Al contemplar la magnificencia y la solidez de aquella inexpugnable fortaleza de Bury Al-Hamma, el califa no pudo evitar relacionar con cierta tristeza lo que le había dicho la mujer con la teoría circular de la historia de El-Katib y con su imperio que, como aquel majestuoso castillo y el poder de otros tantos antepasados suyos que tan bien había estudiado, ni siquiera bajo la protección de Alá sería capaz de perdurar para siempre.

